

Cuando hace frío ahí afuera, pongo discos. Algún día desenterraré la chimenea que los anteriores dueños de esta casa hicieron desaparecer y además, encenderé en ella un fuego. Tener techo, estos días, me ha vuelto a parecer un privilegio, como lo fue durante el confinamiento tener una ventana que diera al exterior y orientada al sur. Siento que cada vez más lo básico es privilegio.

Otra forma de calentar el corazón —porque a veces cuando digo ahí afuera quiero decir aquí adentro— es abrir un libro. El Pepe Carvalho de Montalbán los quemaba justo por lo contrario, por no haberle enseñado a vivir. Estos días de luto y rabia —sin saber cuánto hay de una cosa y cuánto de la otra— me han arropado un libro y un disco a la vez. Laura Marling, con su nuevo álbum, *Patterns in repeat*, ponía la banda sonora al viaje a la Umbría que describe Vicente Valero en su precioso *El tiempo de los lirios* (Periférica). El escritor ibicenco transforma un diario de su viaje por la región italiana en un retrato sobre San Francisco de Asís, cuyas huellas busca Valero en este recorrido por el pueblo en el que nació el místico y todos aquellos otros lugares cercanos que recorrió in-

El tiempo interior de los lirios

Estos días de luto y rabia me han arropado un libro de Vicente Valero y un disco de Laura Marling



LAURA BARRACHINA

Alta fidelidad

vocando el ejemplo de Jesús, su palabra y su austeridad.

Aunque Laura Marling canta sobre su reciente maternidad, hay algo en su sonido sobrio y sus letras honestas que encajan con la



La cantautora inglesa Laura Marling.

escritura de Valero: un tempo, una sencillez, la contemplación del milagro de la cotidianidad. La inglesa, que en su anterior trabajo ya había apuntado a la posibilidad de ser madre, publica ahora

este disco que ha grabado en el salón de su casa, en una intimidad a la que nos invita haciéndonos partícipes incluso de la voz de su bebé, que aparece al principio y que provoca la risa de Marling.

Luego llegan los rasgueos folk de guitarra, la voz tan clásica y cálida de la cantante, cuerdas que arropan un disco que quiere ir a la médula, que es bello por sencillo, un disco *franciscano*.

Al parecer, en el siglo XIII muchos quisieron entender que empezaba el *tiempo de los lirios*, una era nueva auspiciada por el ejemplo y las enseñanzas de San Francisco de Asís en la que encontraríamos la sabiduría y la salvación en un aligerarse de lujos y sofisticaciones. Paseando por la Umbría, Vicente Valero las atisba; en los paisajes, la gastronomía, las iglesias, las huellas de ilustres viajeros antes que él, como Goethe o Montaigne, pero también en los textos de quienes se aproximaron a la figura del santo, como Emilia Pardo Bazán o Chesterton. El resultado de esta lectura es la paz espiritual, la sensación de que el fuego, la música, la pasta con trufa o los paseos por la iglesias de la Umbría nos han saneado el corazón tanto como la risa del bebé de Laura Marling. Al terminar el disco, al cerrar el libro, empieza el tiempo interior de los lirios.

Laura Barrachina es periodista y directora de *El Ojo Crítico* de RNE.

Comienzo este artículo con una frase de uno de nuestros viejos genios, Avel·lí Artís i Gener, conocido como *Tísner*, que en su prólogo a su traducción *al catalán* de *Cien años de soledad* apunta un axioma que ha funcionado durante años en el sector editorial: «TRADUTTORE-TRADITTORE; si la traducción es fiel, no tiene calidad literaria, si es buena literariamente, quiere decir que no es tan fiel como dicen...».

Este tema da para muchas conversaciones y largos artículos, y aunque me parece obvio lo que sostiene Tísner, voy a dedicar este texto a un tema muy relacionado con los traductores, y su visibilidad en las portadas de los libros en castellano. En primer lugar, se trata de que el editor sepa escoger correctamente al traductor al que le entrega un texto para ser traducido. No es tarea fácil, pero es importante. Una vez superada esta fase, y con la traducción lista y ya leída por las manos de la editorial, se trata de confeccionar la portada del libro en cuestión.

Resalto que me refiero a cualquier tipo de libro traducido, ya sea *best seller*, ensayo, novela o novela gráfica. Detrás de cada uno de los libros que se traducen en nuestra área idiomática hay un trabajo hecho. Que está mal remunerado y

‘Traduttore-traditore’

Detrás de cada libro traducido hay un trabajo hecho mal remunerado y que obliga a una concentración total



PERE SUREDA

Miradas

que, a pesar de ello, da mucho trabajo y obliga a una concentración total. Hay que tener en cuenta que los lectores de traducciones no leemos al autor, leemos las palabras puestas en uno o muchos folios, que ha escrito el traductor. No le den más vueltas, esta es una realidad inobjetable, incluso en los casos en los que el propio autor se autotraduce. El texto traducido,



Avel·lí Artís i Gener, también conocido como ‘Tísner’.

sea por quien sea, es el que llega a nuestras manos.

Dicho esto, quisiera denunciar y a la vez recomendar a los editores de todo tipo de libro que necesita una traducción que, de la forma que quieran, se visibilice en portada el nombre del señor o la señora que leemos. Se me puede replicar diciendo que esto ya se hace... Falso. Se lleva haciendo desde hace muy

poco tiempo, y fundamentalmente en los libros literarios. Anagrama, por ejemplo, es una editorial que después de superar miles de títulos, ha comenzado a poner el nombre del traductor en las portadas de su colección *Panorama de narrativas* hace escasos doce meses. En el resto de sus colecciones no está visibilizado el traductor. Vamos mal.

Por otra parte, quiero creer que

esta iniciativa ha venido para quedarse. Ya hay muchas, en número, editoriales independientes que vienen haciéndolo desde su fundación. No es el caso de Salamandra, por ejemplo. Sí es el caso de Sexto Piso y varias más. Pero, en mi opinión, esto no funcionará si no se extiende a todos los libros que son traducciones. No seamos elitistas inútiles. Solo el traductor sabe fehacientemente lo que le ha costado realizar este trabajo *imposible*. Y no hay pruebas que nos digan qué tipo de libro es *más fácil* de traducir.

¿Por qué libros que son *long sellers*, como *Los pilares de la Tierra*, no llevan impreso en portada el nombre de quien lo tradujo? ¿Es que hay traductores malos y buenos? ¡Vamos, por favor! Es obvio que esto no pasa en el siglo XXI. Antes, por cuestiones insalubres, sí que se traducía del francés una obra escrita en ruso. Pero yo no debería pasar.

Y advierto a las editoriales, todas, que no se dejen seducir por la inteligencia artificial, su mismo nombre ya lo indica: artificial. Dignificar el trabajo de los traductores es dignificar nuestra profesión y el mundo editorial en general.

Pere Sureda es editor y experto en temas editoriales.